

El género de la seguridad urbana

La seguridad urbana se ha convertido en un de los principales asuntos de las políticas y discursos retóricos tanto a nivel local como nacional en la mayoría de los países europeos. Sin embargo, el modo en que estas políticas y discursos se argumentan, y, a menudo, se implementan, no tiene en cuenta que la población urbana se compone tanto de mujeres como de hombres, y que existen grandes diferencias en el modo en el que ambos perciben y viven los temas de seguridad. Para indicar las principales: son los hombres los que victimizan a las mujeres, y no viceversa, y esto ocurre más en la seguridad de los hogares y en situaciones laborales, que en espacios urbanos abiertos y públicos. Esta ponencia quiere mostrar que al contar con las percepciones y problemas de las mujeres, las políticas adoptadas deberían ser diferentes a las propugnadas: lo que las mujeres necesitan no es la esterilización del terreno urbano, sino más recursos sociales, económicos y culturales para atravesar dicho terreno con confianza.

En una canción de un compositor italiano ya fallecido, un hombre va caminando solo por una calle desierta en mitad de la noche. De repente, ve que alguien viene hacia él. No ve a esa persona con claridad pero puede apreciar que lleva algo en los brazos. El hombre empieza a pensar: ¿qué debo hacer? ¿será alguien peligroso?, tal vez lleve un arma. Sin embargo, aunque está muy preocupado, no se para, ni busca refugio en un portal, ni intenta ir por otro camino. Así que las dos figuras siguen avanzando la una hacia la otra hasta que el segundo hombre está totalmente a la vista, y el primero ve que lo que lleva es un ramo de flores.

Esta canción nos dice muchas cosas. Una: la persona que camina sola en mitad de la noche en una ciudad desierta es un hombre. De hecho, no muchas mujeres lo harían, a menos que se vieran obligadas. Dos: cuando el hombre ve que alguien se acerca, se pregunta si será peligroso, no si es un hombre, eso lo da por supuesto y por eso está preocupado; si creyera que la persona puede ser una mujer, no se sentiría amenazado. Tres: el hombre no se para, no busca refugio en otra parte sino que continúa caminando y mirando fijamente a la figura que avanza. Eso es lo que hacen la mayoría de los hombres cuando, en un lugar público, están ante una persona que perciben como una amenaza: se le quedan mirando. Quedarse mirando es precisamente lo que no haría, ni hace la mayoría de las mujeres cuando camina por la calle, ya que podría interpretarse

como un insulto o una invitación. Cuatro: los hombres temen a los hombres, no a las mujeres, aunque no se den cuenta de ello.

Al final el hombre resulta ser inofensivo, de hecho es alguien muy agradable, ya que lleva unas flores, pero este no es el tema que nos ocupa

Parece que la noche, y muchos espacios públicos, están prohibidos para las mujeres solas. Pueden ser también peligrosos para los hombres, sobre todo si están discapacitados o son mayores, pero lo son en mayor medida para cualquier mujer o, al menos, así es como los perciben las mujeres y como los describen los hombres.

La ciudad, como lugar y símbolo de la modernidad, siempre se ha edificado para ser a un tiempo lugar de oportunidades y peligros. Lo que no se ha señalado tan a menudo es que las oportunidades son para los hombres y los peligros para las mujeres. La ciudad moderna es el lugar en el que los individuos se convierten en individuos, el lugar en el que se libran de viejas ataduras y se lanzan a nuevas aventuras, pero la libertad y aventuras son para los hombres ya que, al mismo tiempo, la ciudad se representa como algo peligroso para aquellas mujeres que no están vinculadas a un hombre, es decir, las mujeres "libres". La historia de cómo se utilizó el miedo a Jack el destripador para mantener a las mujeres de finales del siglo XIX en casa, tal y como lo cuenta Judy Walkowitz, es muy reveladora. Así, las mujeres "libres" se convierten inmediatamente en mujeres públicas, es decir, presas permitidas para los hombres.

Pero no de modo tan paradójico sabemos que las mujeres son mucho más victimizadas en casa y generalmente por hombres a los que conocen muy bien, que en las calles por parte de extraños. Lo que la mayor parte de los estudios sobre el miedo al crimen han denominado la paradoja del miedo por la cual las mujeres tienen más miedo que los hombres pero son víctimas en menos ocasiones, puede explicarse fácilmente por el hecho de que las mujeres toman muchas más precauciones que los hombres cuando están en público y lo hacen porque se les ha enseñado desde la infancia que las calles, la noche y los extraños son peligrosos para ellas. Esto es, por supuesto, una forma de "victimización" que rara vez se señala; más aún, está tan asumida que, si las mujeres son víctimas de un extraño en la calle, se les suele echar la culpa por no haber sido lo suficientemente prudentes. En realidad, victimización no es una palabra adecuada para describir la situación en la que la mitad de la población se ve obligada a vivir. Dado que implica una relativa falta de libertad en comparación con la otra mitad de la población ¿no deberíamos hablar de discriminación, opresión o algún término equivalente? Esta falta de libertad se compone, al menos, de tres elementos: los hogares no son un refugio seguro sino que a menudo son más peligrosos que la calle; las propias mujeres asumen y no reconocen esa falta de libertad; los hombres se erigen al mismo tiempo en protectores y predadores: un verdadero callejón sin salida

Los estudiosos del miedo al crimen tienden, además, a ignorar el sexo de aquellos a los que se teme: sean lo que sean además son hombres, no mujeres. No se teme a las prostitutas, que con frecuencia aparecen entre las figuras de la escena callejera como signo de la degradación urbana. Desde luego, los hombres, que son sus clientes, no les temen. Las mujeres no temen a las prostitutas, más bien se sienten incómodas en los lugares en los que se venden y compran mujeres y en los que abundan hombres amenazantes, ya sean clientes o protectores.

Se podría y se debería hablar mucho más sobre la mayoría de los estudios sobre el miedo al crimen, pero aquí me limitaré a los resultados de un estudio que realizamos en tres ciudades del norte de Italia sobre la percepción de la seguridad e inseguridad por parte de las mujeres, con el fin de poner de manifiesto la necesidad de políticas muy diferentes a las adoptadas o propugnadas hoy en día por muchos gobiernos nacionales y locales.

No nos resultó muy sorprendente descubrir que los sentimientos de inseguridad de las mujeres, independientemente de su edad, estatus ocupacional e historia previa de victimización, tuvieran que ver con la percepción de ser vulnerables desde el punto de vista corporal: por ejemplo, les desagradaban (aunque no necesariamente temían) muchos de esos comportamientos y actitudes masculinos que los hombres perciben como totalmente inocentes e inofensivos. De hecho, cuando entrevistamos a un grupo de hombres jóvenes, nos dijeron dos cosas reveladoras. En primer lugar, muchos afirmaron que habían sido abordados por otros hombres con intenciones sexuales en bares o en otros lugares, pero negaron que se hubieran sentido amenazados. Habían reaccionado simplemente rechazando la insinuación o no tomándoles en serio. En segundo lugar, se sentían ofendidos por la inquietud de las mujeres cuando pensaban que ellos les seguían por la calle, ya que lo consideraban exagerado e incomprensible. Esto significa que la inseguridad está relacionada con lo que en realidad uno siente que está en juego: en el caso de las mujeres, ellas mismas como cuerpos siempre vulnerables, mientras que para los hombres en la misma situación, nada importante.

Descubrimos además, y de nuevo no nos sorprendió, que las mujeres tomaban muchas precauciones y se comportaban con prudencia, aunque a menudo no se dieran cuenta. No obstante, percibían claramente que las amenazas eran de género masculino. Así lo afirmaron explícitamente. Los hombres, por su parte, no parecían ser conscientes de que lo que ellos temían también era de género masculino.

Había, desde luego, diferencias importantes entre las mujeres dependiendo de la edad y de todas las demás variables. Sin embargo, incluso mujeres cultas que estudian o trabajan en una ciudad relativamente grande como Bolonia, mujeres activas que no renuncian fácilmente a salir por la noche o a transgredir los límites implícitos impuestos a las mujeres en la ciudad, expresaron su inquietud y sentimiento de inseguridad no tanto hacia el riesgo de ser objeto de delitos contra la propiedad sino hacia el riesgo de que su espacio personal, físico y corporal pudiera ser invadido por agresores masculinos. Así, no es tanto el miedo al crimen lo que nuestro análisis descubrió en las mujeres sino, más bien, un sentido difuso de inseguridad que podríamos llamar "ontológico", íntimamente relacionado con la persistente interiorización desde la infancia, de una imagen de nuestros cuerpos como eminentemente vulnerables - por los hombres, por supuesto, y especialmente por los extraños- y por lo cual necesitamos a "nuestros" hombres para que nos protejan, precisamente, de esos extraños. Es decir, en pocas palabras: la inseguridad de las mujeres tiene que ver más con el estatus real de la relación entre sexos que con los índices de criminalidad o cuestiones similares. Más bien, la preocupación y el miedo a delitos violentos, están siempre ligados a esta inseguridad y agravados por ella.

No obstante, dicha inseguridad es tanto un producto de la socialización y, por lo tanto, de la interiorización de una imagen de uno mismo ontológicamente en peligro - reforzada continuamente por el discurso cultural dominante- como lo es de una

persistente falta de autonomía y libertad. Esto tiene que ver con dos factores principales: por una parte, la relativa falta de recursos sociales y económicos en comparación con los de la mayoría de los hombres y, lo que he denominado callejón sin salida, es decir, la construcción de lo público y de los hombres (extraños) como un peligro y de los hogares y los hombres (conocidos) como los protectores necesarios.

Los discursos y políticas dominantes sobre seguridad urbana, tanto a nivel nacional como local, refuerzan esta inseguridad en lugar de atenuarla. Al insistir en el peligro de los espacios públicos, especialmente para las mujeres, respaldan y legitiman la falta de libertad de las mujeres; al ignorar la frecuente victimización de las mujeres en casa y en los espacios privados, acentúan el callejón sin salida.

Hay habitantes de las ciudades de todos los tipos y colores, pero los discursos y políticas están en realidad dirigidos a los “buenos ciudadanos”, señalando el peligro de los inmigrantes, la gente sin hogar y los pobres en general. Sin embargo, también los buenos ciudadanos son de dos tipos: hombres y mujeres, pero se ignoran las distintas experiencias que ambos tienen del espacio urbano.

Parece que, en general, las políticas y discursos sobre seguridad urbana adoptan dos estrategias predominantes. La primera es la esterilización territorial: delimitación de los espacios públicos, cámaras de vigilancia, aumento de la presencia policial, limpieza de las calles de gente sin techo, mendigos, prostitutas, drogadictos. La segunda es la colaboración con agentes privados y agencias tales como patrullas de vigilancia, seguridad privada, ayudas para que los comercios se doten de medidas de protección, además de involucrar al llamado sector voluntario para que proporcione servicios a las víctimas, los ancianos, las mujeres victimizadas.

Pero hay otro factor en el aumento de la privatización de la seguridad y protección. Muchos municipios lanzan campañas para advertir a los ciudadanos de que tomen precauciones, compren todo tipo de aparatos para asegurar sus hogares y propiedades, etc. Las mujeres (junto con la gente mayor en general) son blanco de este tipo de propaganda: ya sea para sí mismas (y si no siguen este consejo se les culpa cuando son victimizadas) o para aquellos a quienes se supone que cuidan: a saber, niños y ancianos.

La esterilización y la privatización aumentan, más que disminuyen, la desconfianza mutua, la desertización de la rica y diversificada vida de la ciudad, la búsqueda de refugio entre los íntimos, las familias, la gente que ya se conoce bien. La confianza, recurso escaso hoy en día, se reduce a una confianza particularizada, como la denomina Offe, es decir, confianza depositada sólo en los que de una forma u otra "son como nosotros". Bauman llama a este tipo de colectividades "comunidades de cómplices".

Si esto va en detrimento de todos, especialmente de los ya marginados, en mayor medida va en detrimento de las mujeres. Si la inseguridad de las mujeres es, al menos en parte, resultado de las relaciones existentes entre los sexos, lo que ellas perciben como amenaza no puede expulsarse de los límites de la ciudad, vigilarse con cámaras de seguridad, ponerse bajo arresto. Desde el punto de vista de la mitad de la población de las ciudades, las políticas urbanas predominantes son absurdas y perversas, lo cual no significa, por supuesto, que muchas mujeres no tengan una visión favorable de las mismas. Sería raro que no fuera así, ya que las mujeres habitan el mismo mundo mediático y político que los demás y ambos mundos insisten en los peligros que vienen

de fuera, de los extraños y de la gente rara. Además, dado que las mujeres tienen, en general, menos recursos que los hombres, pueden confiar en la gente incluso menos que ellos. En realidad, si tuviéramos que seguir la lógica de estas políticas hasta el extremo, deberíamos decir que una ciudad segura para las mujeres es una ciudad sin hombres, ya sea fuera o dentro de los espacios privados.

Sin embargo, en nuestro estudio descubrimos algo más: las mujeres que se comportan de manera menos insegura son aquellas que se sienten más en control de sí mismas y de sus vidas. La confianza estaba construida, desde luego, sobre los recursos económicos, sociales y culturales, pero también alimentada y reforzada por la habilidad y disposición de dichas mujeres para correr riesgos, más que para evitarlos. Correr riesgos, insiste Offe, crea confianza en lugar de disminuirla, especialmente confianza generalizada. Obviamente, uno debe estar en posición de correr riesgos sin miedo a pagar un precio demasiado alto si fracasa, lo que de nuevo quiere decir estar en posesión de los recursos sociales, económicos y culturales adecuados para recorrer el mundo sin la necesaria protección de un hombre.

Se piensa a menudo que la libertad y la seguridad se encuentran en extremos opuestos, sin embargo, esto es verdad sólo cuando la seguridad se interpreta como estar bajo protección, como dependencia permanente de alguien o de algo. Cuando la seguridad se ve como la confianza en uno mismo y la posibilidad de confiar en los demás, es entonces una condición fundamental de la libertad.

Las políticas orientadas a conseguir seguridad y protección deberían, pues, comenzar por la situación de las mujeres, en el sentido de que deberían estar dirigidas a aumentar las posibilidades de todos de correr riesgos en lugar de evitarlos. Hasta hace pocos años les llamábamos políticas sociales. La preocupación actual por la seguridad que pretende disminuir los riesgos de que la "gente buena" sea víctima de delitos en la calle puede servir a ambiciones políticas inmediatas o incluso dar la impresión de que el "estado" todavía tiene funciones importantes que realizar, tal y como Bauman comenta pero, al final, resulta contraproducente (véase Castel sobre esta cuestión) y está destinado a empeorar las condiciones de vida de la mitad de la población urbana.